

El vuelo de la mente en el siglo XV

8



ELISA RUIZ GARCÍA

ELISA RUIZ GARCÍA es catedrática emérita de Paleografía y Diplomática de la Universidad Complutense (Madrid) y académica correspondiente de la Real Academia de la Historia. Tiene en su haber más de un centenar de publicaciones. Entre sus libros más conocidos se encuentran *Manual de Codicología* (1988), *Hacia una Semiología de la Escritura* (1992), *Los Triunfos de Petrarca* (1997), *Libro de Horas de la Virgen Tejedora* (2002), *Los libros de Isabel la Católica: arqueología de un patrimonio escrito* (2004), *Libro de Horas de los retablos* (2005), *El imaginario de una reina. Páginas selectas del patrimonio escrito de Isabel la Católica* (2007) o *Leonardo da Vinci: Códices Madrid I y II* (2009). Es, asimismo, coautora de diversas ediciones facsimilares de manuscritos, tales como *Beato de Liébana. Códice del Monasterio de San Pedro de Cardena* (2001), el *Libro de Horas de los siete pecados capitales* (2003) o el *Libro de Horas de Roban* (2006). Recientemente ha publicado las obras *Claves de una mente prodigiosa. Leonardo da Vinci* (2011), *La Balanza y la Corona. La simbólica del poder y los impresos jurídicos castellanos (1480-1520)* (2011) y *La casa de Protesilao* (2011).

EL VUELO DE LA MENTE EN EL SIGLO XV

EL VUELO DE LA MENTE EN EL SIGLO XV

Elisa Ruiz García

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID 2012**

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por medio ya sea electrónico, químico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial. Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo general de publicaciones oficiales:

<http://publicacionesoficiales.boe.es/>



© CSIC

© Elisa Ruiz García

Viñeta de cubierta: Damián Flores

ISBN: 978-84-00-09459-1

e-ISBN: 978-84-00-09460-7

NIPO: 723-12-037-3

e-NIPO: 723-12-038-9

Depósito Legal: M-12702-2012

Maquetación: Enrique Barba (CSIC)

Impresión y encuadernación: RB Servicios Editoriales, S.A.

Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado TCF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

OÍR Y VER: FORMAS DE APROPIACIÓN DE LO ESCRITO

Cuando la mirada se detiene en la página escrita de un libro y comienza el proceso de decodificación del texto, el sujeto de la acción renuncia a su realidad circundante y penetra en un universo ajeno. A partir de ese momento se inicia una experiencia única que consiste en el vuelo de la mente. Se trata de una aventura prodigiosa: el lector se siente libre de ataduras espacio-temporales y capacitado para desarrollar al máximo todas sus facultades psíquicas. Tal estado de enajenación es descrito por Nicolás Maquiavelo con viveza: «[Cuando leo una obra,] me olvido de cualquier preocupación, no temo la pobreza, no me

angustia la muerte: todo mi ser se transfigura en los personajes» (1984: 426). Este ejercicio mental impagable es hoy una actividad poco cultivada por grandes sectores de la población; sin embargo, durante siglos ha sido un medio de perfeccionamiento y un factor de promoción social del género humano. Ambos logros son los que confieren al libro su dignidad en tanto que instrumento de comunicación.

La alfabetización fue una vía de penetración en un jardín cerrado para muchos y en un paraíso abierto para pocos. Su progresiva extensión ha sido y sigue siendo el resultado de un esfuerzo por conquistar la racionalidad y la imaginación como pilares fundamentales de la estructura mental de los individuos. Tradicionalmente el varón ha gozado de mayores facilidades para acceder al conocimiento de unas destrezas redentoras, la lectura y la escritura. En cambio, la mujer ha tenido que superar obstáculos de diversos tipos. Al margen de esta cuestión motivada por la diferencia de sexo, también ha influido la condición social de los potenciales lectores. Ambos factores deben ser tenidos en cuenta si se quiere reconstruir el panorama de las obras degustadas en la Corona de Castilla durante el siglo xv.

Un aspecto liminar es la forma de acceder a la obra. La recepción de un texto puede efectuarse por vía auditiva o visual. Como es sabido, el primer sistema fue muy utilizado en los medios aristocráticos, ya que el manejo del ejemplar y la decodificación de la escritura suponían un esfuerzo que se delegaba con frecuencia en un servidor capaz de ejecutar el encargo con habilidad. Por otra parte, la manera visual de leer un texto en primera persona no responde a un método único. En efecto, existe una amplia tipología que va desde una aproximación rápida al escrito hasta una inmersión profunda en el mismo con el fin de alcanzar distintos objetivos. El grado de acercamiento a un texto ofrece variantes: una *lectura superficial* con el fin de captar globalmente el contenido; una *lectura informativa* cuando se trata de conocer los distintos aspectos de un asunto; una *lectura receptiva* en el caso de degustar el mensaje transmitido; y una *lectura iterativa* si la pieza sobre la que se desliza la mirada tiene un carácter ritual o bien se pretende su fijación en la mente. La actividad repetitiva no implica que el proceso de verbalización del texto coincida necesariamente con la intelección del contenido. En cambio, la ejecución propicia la

retención mnemónica y, por tanto, el aprendizaje de la estructura lingüística.

AFICIÓN DE LA NOBLEZA CASTELLANA POR LA LECTURA

En la primera mitad del siglo xv se produjo en Castilla una expansión gradual de la cultura escrita entre los laicos que no desempeñaban funciones relacionadas con el manejo profesional de la pluma y, particularmente, entre los miembros del estamento nobiliario (Lawrance, 1985). El desarrollo de esta tendencia culminará con el nacimiento de un nuevo público lector y con la introducción de un importante cambio en los hábitos de transmisión del mensaje escrito. El procedimiento tradicional de la lectura en alta voz de un texto destinado a ser oído por otra persona fue progresivamente sustituido por un acto de decodificación de los signos por el propio interesado de manera silente. Esta variante propició el establecimiento de una relación tácita entre el autor y un potencial lector. A la larga, tal forma de aproximación a los textos fomentaba el individualismo y la introspección, rasgos que irán en aumento en la

sociedad del Cuatrocientos y que se manifestarán de diversa manera. En efecto, el afán de privacidad tiene su traducción en la planificación estructural de las viviendas, en la difusión del retrato fisonómico y en las pautas de comportamiento. Entre otras, son dignas de considerar el cultivo de la devoción privada y la construcción de capillas funerarias particulares en las iglesias. Se trata de un fenómeno social que ha sido estudiado en profundidad (Ariès y Duby, 1999, vol. II).

La documentación existente sobre la práctica de la lectura en esta época es limitada cuantitativa y sectorialmente. Los datos disponibles se refieren por lo general a la clase nobiliaria, de ahí que se deba centrar nuestra atención en dicho sector de la población. Dentro de este grupo se observa un predominio de noticias tempranas acerca del sexo masculino; por tal motivo, este sector de la población será tratado en primer lugar.

EL OTIUM EN EL ÁMBITO CORTESANO

Son varios los signos externos que prueban la existencia de un cambio de actitud respecto del

libro y de la lectura: la proliferación de bibliotecas nobiliarias; el notable número de manuscritos conservados datados o datables en este período; y el espectacular incremento de traducciones de textos diversos a la lengua vernácula, hecho que no tiene parangón en otros países europeos. Ahora bien, la escasez de ejemplares, la dificultad de poseerlos, las barreras lingüísticas y los imperativos ideológicos son razones que justifican la institución de un canon de obras, de obligada lectura desde una perspectiva teórica. En la realidad, los intereses personales modulaban el manejo de ciertos títulos, al margen de las convenciones establecidas.

En lo que concierne a las bibliotecas, es una cuestión que ha sido ampliamente estudiada. Solo quiero señalar que la formación de librerías privadas es un fenómeno que se inicia en las llamadas ‘grandes casas’, tales como los Mendoza (marqués de Santillana), los Zúñiga (duques de Plasencia), los Fernández de Velasco (condes de Haro), los Rodríguez Pimentel (condes de Benavente), los Ribera de Sevilla (marqueses de Tarifa), los Fernández de Córdoba (marqueses de Priego), etc. La mayoría de estos mecenas y bibliófilos pertenecían a la llamada ‘nueva nobleza’, nacida

a partir de las «mercedes enriqueñas». Sus raíces no procedían de sangre goda, sino que habían sido elevados a tal dignidad por sus méritos personales y servicios a la Corona. Los representantes de este grupo adoptaron una posición favorable ante la debatida cuestión de «las armas vs. las letras». Luego, esta práctica fue seguida por la baja nobleza (por ejemplo, Fernán Pérez de Guzmán, Luis de Guzmán y su hijo Nuño, etc.). Por último, el alto funcionariado cortesano imitó tal hábito (Fernán Díaz de Toledo, Álvaro García de Santamaría, etc.). En cambio, la nobleza más tradicional y conservadora continuó fiel a sus pautas de comportamiento.

Respecto del segundo punto, el número de manuscritos conservados, baste con examinar los índices de la *Bibliography of Old Spanish Texts (BOOST)*. Por último, en cuanto a las traducciones al castellano, hay una abundante bibliografía sobre este asunto y a la cual remito (Santoyo, 1996). Tales versiones son en cierta medida el corolario de la labor realizada en pro de la accesibilidad a obras consideradas de obligada lectura, pero impracticables para unas personas poco avezadas en la comprensión de otros idiomas que no fueran el propio.

CANON DE LECTURAS DEL ESTAMENTO NOBILIARIO

Toda vez que la posesión de libros por parte de algunos miembros destacados del estamento aristocrático es una realidad documentada, cabe preguntarse ¿qué es lo que leían esas personas? Para obtener una respuesta fidedigna a este interrogante, nada mejor que acudir a fuentes de la época. A tal efecto, reproduzco un pasaje, escrito en torno al año 1430 por uno de los poseedores de una biblioteca, el maestre de Calatrava don Luis de Guzmán, quien en una carta dirigida al rabino Mosé Arragel manifestaba que:

Sabed que avemos cobdiçia de una Biblia en rromance glosada e ystoriada, lo qual nos dizen que soys para la fazer assý muy bastante. E a la asý demandar nos movió dos cosas: una, que las Biblias que oy son falladas, el su rromance es muy corrupto; segunda, que, los tales como nos, avemos mucho nesçesario la glosa para los passos oscuros. Que Dios sabe que en los tienpos que esentos nos quedan del perseguimiento de los malvados moros, enemigos de la santa fe católica, o del segui-

miento del pro e serviçio de nuestro señor el Rey e honor de los sus reynos, segund que conviene a la nuestra Orden, que nos más querriámos dar en acuçia de *oýr de Biblia*, a fin de con Dios contemplar, que yr a caça o oýr los libros ystoriales o poetas, o jugar axedres o tablas o sus semejantes juegos (*Biblia romanceada*, Casa Ducal de Alba, ms. 399, f. 2r).

La finalidad de la epístola era conseguir que el rabino tradujese el Antiguo Testamento. El hecho es narrado visualmente en una deliciosa miniatura al inicio del manuscrito. Las líneas reproducidas describen con precisión los actos propios de aquellos hombres pertenecientes al círculo privilegiado de la nobleza castellana en la primera mitad del siglo xv. La manifestación de la alegría de vivir discurría en los medios aristocráticos por diversos cauces. El plan de vida aquí esbozado nos permite averiguar cómo empleaban su tiempo de ocio tales personas. Según el pasaje citado, los miembros de este grupo tenían ante sí las siguientes vías de esparcimiento: la práctica del arte cinegético, la degustación todavía auditiva –que no visual– de textos historiográficos o cancioneriles, y el ejercicio recrea-

tivo de la mente mediante juegos de tabla diversos, es decir, el conjunto de actividades denominadas en el lenguaje de la época «fechos curiales».

Ciertamente, la caza constituía un ejercicio físico que servía de entrenamiento para estar en forma a la hora del combate con el enemigo; el conocimiento de las gestas históricas era una materia en auge, de ahí que volvamos sobre este asunto más adelante; el género poético desempeñó un importante papel educativo. La audición de determinados versos profanos cultivaba el espíritu y moldeaba el comportamiento de los nobles. En realidad, el ingenio, el don de la palabra oportuna, la maestría en la recitación y en el canto, etc. eran cualidades que distinguían al buen cortesano. De igual manera, el empleo del tiempo libre en prácticas lúdicas que desarrollasen las capacidades intelectivas del individuo constituyó una meta importante dentro del programa educativo del noble. La obra que mejor encarna su cultivo es el conocido tratado alfonsí titulado *Libros de acedrex, dados e tablas* (RBME, T.I.6), en el cual se desarrollan distintos tipos de juegos de mesa. Dada su fecha de composición (1283), resulta evidente el carácter tradicional de esta clase de ejercitación.

Frente a las ocupaciones propias de sus congéneres, don Luis de Guzmán manifiesta el deseo de «oír de Biblia». La decisión fue tomada por consejo de dos primos suyos: don Vasco de Guzmán, arcediano de la ciudad de Toledo, y el franciscano Arias de Encinas. También intervino el dominico Juan de Zamora. En consecuencia, el encargo realizado por el maestro a un rabino prestigioso no fue un hecho inusitado. El comitente quería conocer los textos de su interés en una versión depurada y con una glosa explicativa, máxime porque esta Biblia solo contiene el Antiguo Testamento. Como complemento, también pidió que el ejemplar fuese ilustrado con el fin de poder visualizar los pasajes más notables. El manuscrito resultante fue controlado, en lo que respecta a su ortodoxia, por algunos biblistas del convento de San Francisco de Toledo. La obra fue acabada en 1430, según reza el colofón.

Para probar que no se trata de un caso excepcional, traigo a colación otra cita que evidencia la misma afición. Se trata de un manuscrito misceláneo organizado. Aquí es el traductor quien toma la palabra:

Señor: Este otro día, deleytándose vuestra merçed en aquello que a todo virtuoso conviene, es a saber, fazer libros e los leer, [...] e *teniendo vuestra señoría en las manos un libro, parte de la Brivia*, vi en la primera plana de aquél pintadas sus armas de vuestra merçed, las quales eran e son una jarra blanca en campo azul, de la boca de la qual sallían flores e frondas propiamente, divisa de vuestra señoría, de quien primero origen e principio ovo (BNE, ms. Res. 125, f. 1r).

La escena descrita presenta a un noble en trance de leer —y ya no de escuchar— una parte de la Biblia, en cuyo primer folio figura el escudo de armas del poseedor, signo inequívoco de que el ejemplar formaba parte del fondo librario del lector. Un ‘familiar’ suyo, al percatarse de la actividad que estaba realizando su señor y de la existencia de un *ex libris* en el ejemplar que manejaba, decide traducirle un texto heráldico imprescindible, el tratado *De insigniis et armis* de Bartolo de Saxoferrato. A partir de este hecho anecdótico, cabe deducir que el libro leído estaba en romance, de ahí la idea de prestarle un servicio a su dueño vertiendo al castellano el

opúsculo latino. La identidad de este noble no está clara. Quizá se tratase de Alfonso Álvarez de Toledo, contador mayor de Juan II y Enrique IV, y primo de Fernando Díaz de Toledo, el influyente secretario del primer monarca citado. Algunos especialistas han propuesto el nombre de su hijo Pedro Núñez de Toledo o bien el del marqués de Santillana. Nuestra atribución se basa en los datos heráldicos indicados por el traductor.

Estas dos escenas se pueden completar con una tercera igualmente esclarecedora. Se trata de una traducción de textos bíblicos, los *Libros de los Macabeos*, realizada por Pedro Núñez de Osma a instancias de Lope de Acuña. El autor de la versión aclara las razones que movieron al comitente a patrocinar esta empresa:

El noble cavallero Lope de Acuña [...] quiso que los virtuosos, grandes e notables fechos de los Machabeos fuessen escriptos en lengua castellana porque pudiessen ser avidos *por espejo e por enxiemplo* a todos los fijosdalgo e nobles cavalleros de Castilla que caresciessen de la lengua latina (BNE, ms. 1518, f. 1r).

El objetivo de esta lectura era tener un marco referencial de comportamiento, según explicita el traductor, para quien los textos vertidos deberían servir de «espejo» y de «ejemplo».

El análisis de los contenidos de los manuscritos romanceados de la Biblia conocidos revela un especial interés por el Antiguo Testamento. Resulta evidente el papel que desempeñó en los medios aristocráticos la lectura de algunos de los libros veterotestamentarios: particularmente, los históricos (*Libros de los Reyes*, las *Crónicas* o *Paralipómenos* y los *Libros de los Macabeos*). Las figuras de David y Salomón fueron un referente durante toda la Edad Media. Algunos otros reyes descritos en la Biblia ejercieron una función similar por su conducta en determinadas circunstancias. Baste recordar aquí la devoción de Isabel I de Castilla por Ezequías. En menor medida, los textos clasificados como proféticos y sapienciales también ejercieron una gran influencia. Por ejemplo, el *Libro de la Sabiduría*, el cual era interpretado como una obra dedicada al buen gobierno. El versículo inicial «Amad la justicia, los que regís la tierra» (I, 1) aparece citado por doquier en la producción jurídica castellana.

La misma idea de obrar de acuerdo con un paradigma se encuentra ya expresada en otras obras. Son numerosos los tratados que presentan en la fórmula titular el término *speculum*. A tal efecto, reproduzco unos versos del *Rimado de Palacio* del canciller don Pero López de Ayala (1332-1407), que suenan así:

Quando yo algunt tiempo me fallo más espaciado,
busco por donde lea algunt libro notado,
por fallar buen enxienplo e ser más consolado,
e me provee Dios segunt lo deseado.

(Orduña, 1982, copla 922)

Como se puede apreciar, el noble, cuando dispone de tiempo libre, desea leer algún texto notable que le sirva como modelo de conducta (*exemplum*) y le suponga un alivio (*consolatio*) ante los altibajos de la Fortuna. Estas son las dos motivaciones perseguidas en la degustación de tal texto. En definitiva, se lee para obtener un provecho y no para alcanzar un disfrute estético o evadirse de la realidad. La finalidad utilitaria queda patente si prestamos atención a los consejos dados por Alonso de Cartagena,

escritor, diplomático y consejero de Juan II, a don Pedro Fernández de Velasco, primer conde de Haro, amigo suyo y propietario de una magnífica biblioteca (Lawrance, 1979). El escrito es un tratado perteneciente al género epistolar. El obispo de Burgos explicita el canon de lecturas propio de los *militares viri* o *defensores* de acuerdo con la teoría medieval de los tres estados. A su juicio, es recomendable la lectura de:

- Biblia y Padres de la Iglesia.
- Libros de temática histórica (Valerio Máximo, Salustio, César, Quinto Curcio y Tito Livio).
- Tratados clásicos sobre filosofía moral (Platón, la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles, Cicerón, Séneca).
- Compilaciones normativas (*Siete Partidas*, *Doctrinal de caballeros*).
- Escritos sobre el arte de la guerra, las armas y las doctrinas nobiliarias (Vegecio, Frontino, Bartolo de Saxoferrato, Leonardo Bruni).

Tales lecturas son aconsejables porque proporcionan edificación y recreación. Paralelamente el noble deberá procurarse libros de rezo para el ejer-

cicio de sus prácticas religiosas y aquellas obras que son propias de su condición aristocrática (tratados referentes a la cetrería, los buenos modales y la cortesanía).

Las indicaciones de Cartagena no son exclusivamente orientativas de lo que conviene conocer, sino que también advierten sobre los peligros que acechan al que lee obras indiscriminadamente. En efecto, el prelado señala: *Quid fugere, quid sequi in exercitiis literalibus debeant* (ed. cit., p. 57). A este respecto condena los libros que tratan de temas amorosos, caballerescos o pseudo-históricos. Por supuesto, también llama la atención sobre los libros de devoción que contienen un material considerado herético por la Iglesia. Estas prohibiciones del prelado burgalés son precursoras y anticipan una actitud de control que tardaría aún varias décadas en implantarse de manera institucional.

Estas y otras muestras que se podrían aducir evidencian que la lectura de textos bíblicos romanceados constituyó una práctica singular dentro del canon de obras recomendadas a la nobleza castellana en la Baja Edad Media.

LOS LIBROS «HISTORIALES»

Ciertamente, la educación ideal del noble incluía en materia de lecturas el conocimiento de los textos anteriormente mencionados. Dentro de esta formación era importante la frecuentación de los libros «historiales» en los que se ensalzaban hechos narrados por autores profanos. Tales textos complementaban la versión de las acciones relatadas en algunos libros veterotestamentarios.

Así lo indicaba don Luis de Guzmán en la *Biblia de la Casa de Alba* y lo aconsejaba Alonso de Cartagena al conde de Haro en el pasaje igualmente citado. Tales recomendaciones no eran propias del Cuatrocientos, sino que engarzan con una tradición secular. Baste con traer a colación un testimonio deparado por Alfonso X *el Sabio*, quien nos describe los siguientes usos:

Por ende (los antiguos) ordenaron que assí como en tiempo de guerra aprendiessen fecho de armas, por vista e por prueba, que otrosí en tiempo de paz l[o] aprisiessen por oýda e por entendimiento. E por esso acostumbravan los cavalleros, quando

comían, que les leyessen las estorias de los grandes fechos de armas que los otros fizieran, e los sesos e los esfuerços que ovieron para saberlos vencer e acabar lo que querían. E allí do non avían tales escrituras, fazíanlo retraer a los cavalleros buenos e ancianos que se en ello acertavan. E sin todo esto aún fazían más, que non consentían que los juglares dixessen ante ellos otros cantares, si no de guerra, o que fablasse en fecho de armas. E esso mismo fazían que, quando non podían dormir, cada uno en su posada se fazia leer e retraer estas cosas sobredichas. E esto era porque, oyéndolas, les crecían las voluntades e los coraçones, e esforçábanse, faziendo bien e queriendo llegar a lo que los otros fizieran o passaran por ellos (*Partida* II, tít. XXI, ley 20).

La lectura en voz alta de libros «historiales» durante la comida de los caballeros constituye una práctica inspirada probablemente en los usos monásticos. En cualquier caso, el hombre de armas debía tener constantemente ante sí el recuerdo vivo de las hazañas protagonizadas por sus predecesores. Las crónicas (general o particular) habían sido los cauces por donde había discurrido tradicional-

mente la narración histórica. Ahora bien, la nobleza, sin abandonar por completo la oralidad como medio de transmisión de sus valores, fue asumiendo también progresivamente las formas propias de la cultura escrita. Los hechos narrados en esos textos eran interpretados en clave caballeresca. Por esta vía los héroes de la Antigüedad se convertían en modelos a seguir. El cambio consistió en el modo de recepción, esto es, se practicó la lectura en primera persona de autores clásicos traducidos al castellano, tales como Valerio Máximo, Salustio, César, Quinto Curcio y Tito Livio.

LA IDEA DE LA FAMA

La noción de ejemplaridad estaba íntimamente ligada al concepto de notoriedad. Nada mejor que recordar la notable influencia ejercida por los *Trionfi* de Petrarca y, particularmente, por la cuarta parte de la obra dedicada a cantar la Fama (BNE, Vitr. 22-1, f. 176r). Ciertamente, la imitación de los hechos realizados por personajes modélicos franqueaba la puerta de la celebridad, entendida esta como un re-

curso eficaz para conseguir un estado perdurable más allá de la muerte pues, en efecto, era considerada una forma vicaria de la eternidad dependiente de la escritura (Lida de Malkiel, 1983).

La conjunción de estos ideales con la tendencia generalizada a valorar las actitudes personales tuvo sus efectos en el plano de la creación. En esta época es exaltada la dignidad de los destinos singulares; en consecuencia, se procura esbozar una definición del individuo y elaborar una dramatización del 'Yo'. Las manifestaciones concretas de tales aspiraciones se aprecian por doquier. La frase consagrada por Ulrich von Hutten (1488-1523), *Saepe in turba solus sum*, refleja un sentimiento muy extendido en la sociedad del Cuatrocientos.

En la parcela de nuestro interés, el retrato fisonómico y el relato de las peripecias vitales de una persona fueron las soluciones adoptadas. La representación física y moral de un ser aislado triunfó en el campo de las artes literarias y de las figurativas. Ambos tipos de realizaciones se inspiraban en los modelos aplicados a la realeza. En este clima ambiental hay que situar el nacimiento de dos categorías de escritos: los relatos de acciones individuales

y las creaciones de carácter introspectivo. En Castilla tenemos ejemplos notables del primer tipo en forma de semblanzas biográficas; en cambio, carecemos de testimonios de la segunda modalidad, la cual estaría representada por diarios, confesiones, libros de recuerdos, etc. Las *Memorias de Leonor López de Córdoba* (BOOST, texid BETA 3650) constituyen un caso particular por tratarse de un escrito de estructura casi documental, y encaminado a reivindicar la figura de un noble.

EL AUGUE DEL LUCIMIENTO PERSONAL

Este designio hay que ponerlo en relación con el desarrollo de una conciencia más aguda de la identidad estamental, familiar y, sobre todo, individual. La aplicación de tal concepto al terreno de las letras dio lugar a la composición de obras centradas en miembros destacados del estamento aristocrático, bien de manera colectiva, bien de forma independiente. En el primer caso el producto resultante era una serie de semblanzas o galería de retratos; en el segundo, una biografía. En consecuencia, la escrituración de

los hechos dejó de ser una creación exclusiva de la Iglesia y de la institución monárquica en esta época. Buena prueba de la reluctancia de la Corona hacia este nuevo género historiográfico es la ausencia de escritos relacionados con la condición nobiliaria en la biblioteca de Isabel I de Castilla.

La utilización progresiva de la escritura convirtió este medio de comunicación en un canal adecuado para expresar unos valores emergentes en el marco de la nobleza, por ejemplo, la estimación de los *gesta* realizados por sus miembros. Semejantes acciones eran portadoras de la fama y dependían del imprevisible juego de la fortuna.

Por supuesto, los libros humanísticos que contenían unas *Vitae* fueron un incentivo en Castilla para la difusión de las dos clases de escritos indicados. Tal influencia denota una mayor sensibilidad hacia la corriente cultural procedente de Italia. En el proceso de emergencia de un subgénero dedicado a personas pertenecientes a la nobleza también influyó la importancia creciente atribuida a las crónicas reales, en las que se intentaban reflejar los intereses de la Corona y se manipulaban en muchos casos las actuaciones destacadas de algunos nobles en

función de los vaivenes políticos del momento. Por ejemplo, Fernán Pérez de Guzmán, en las páginas liminares de sus *Generaciones y semblanzas*, critica duramente la escasa fiabilidad de la memoria histórica «oficial» (Fernández Gallardo, 2006). El monopolio de la memoria colectiva por parte de la cronística regia fue considerado un peligro potencial. La solución arbitrada en algunos casos fue la narración de la vida y milagros de un individuo con el fin de contrarrestar unas versiones de los hechos, teñidas de parcialidad, a juicio del interesado. Durante este período en Castilla solo se exaltaba la figura del aristócrata guerrero que mostraba una conducta intachable respecto del código de la caballería; en cambio, no se ensalzaba al hombre de letras, a quien no se le reconocía derecho a la fama, a diferencia de lo que ocurría en los medios humanísticos de Italia.

Al igual que en otros tipos de textos literarios, las piezas liminares de obras biográficas contienen reflexiones teóricas sobre el género, al tiempo que justifican las intenciones del autor y el alcance de la obra. Amén de tales informaciones se encuentra también en esas páginas el desarrollo de algunos tópicos. El más antiguo y, por tanto, el más socorrido,

proclama la función de la escritura como remedio contra el olvido. Este asunto era un tema recurrente en los preámbulos de los documentos reales solemnes. En esta cláusula se glosaba su significado ya que la desmemoria es un enemigo de la fama, una de las aspiraciones máximas de la nobleza. Por supuesto, la ejemplaridad es otro punto insoslayable. En definitiva, el autor recabará para sí el mérito de perpetuar las gestas gracias a una sabia aplicación de la elocuencia, arte que se convierte en un archivo de la memoria. El elogio de los recursos retóricos indica una mayor sensibilización hacia el Humanismo.

DE VIRIS ILLUSTRIBUS

La narración seriada de hechos gloriosos protagonizados por miembros destacados de una colectividad concreta alcanzó gran desarrollo en la literatura clásica grecolatina. Esta tradición literaria profana fue imitada posteriormente por la Iglesia a través de los escritos hagiográficos, que transmutaron la figura del héroe en la de un santo. En la plena Edad Media, las manifestaciones más anti-

guas de la memoria histórica de la nobleza adoptan la forma más elemental de una genealogía. El afán por conocer los orígenes de los linajes no era meramente erudito, sino que respondía a unas estrategias de legitimación estamental. El establecimiento de un entronque familiar proporcionaba un marco de identidad. La caballería, que era la encarnación de los ideales nobiliarios, había de apoyarse en unos principios doctrinales, cuyo medio de fijación era la escritura. Por esta vía se inicia la composición de tratados que explicitan las raíces de una *gens*. Los nombres incluidos en tales obras quedaban acreditados en cuanto a su pertenencia al estado de los *defensores*. De ahí que estos elencos se convirtiesen en instrumentos de consulta y de propaganda del estamento. La información sobre los linajes pronto se enriqueció con datos heráldicos. De este cruce nacieron los «nobiliarios», de los que se conserva una producción abundante en Castilla. Baste con mencionar el *Tratado de las armas* de Diego Hernández de Mendoza (Valverde, 2002); el *Nobiliario vero* de Ferrán Mexía (BOOST, texid BETA 1657); o los múltiples e interesantes trabajos de García Alonso de Torres (BOOST, texid BETA 2931, 3267, 4267, 10101).

La selección de determinadas figuras y su tratamiento a modo de retrato, en el que se esbozan los rasgos físicos y los morales, da lugar a las series biográficas. Las obras más representativas son, por orden cronológico, la *Memoria de algunos linajes de Juan de Mena* (BOOST, texid BETA 1648), los *Loores de los claros varones de Castilla* (BOOST, texid BETA 1708), las *Generaciones y semblanzas* (post 1455) de Fernán Pérez de Guzmán (BOOST, texid BETA 1707) y los *Claros varones de España* (1483-1486) de Fernando de Pulgar (BOOST, texid BETA 1714). La utilización del sintagma «claros varones» en dos de los títulos indica paladinamente su entronque con la familia literaria de los *viri illustres*, pues aquella formulación no es más que un calco semántico de la expresión latina. En cambio, la denominación de *Generaciones y semblanzas* es más precisa ya que refleja los dos aspectos que contempla Pérez de Guzmán, el genealógico y el descriptivo de las personas retratadas.

VITAE

La biografía nobiliaria supone un esfuerzo por hallar el molde formal idóneo para consagrar la

fama individual, previa extracción del personaje del marco de identidad que suponía el linaje. La tendencia a exaltar a un individuo aislado frente a la noción de grupo, entendido este como núcleo primordial de la sociedad —sentimiento gregario propio de épocas anteriores—, condujo a la búsqueda de nuevas fórmulas para perpetuar el recuerdo de los rasgos y acontecimientos vinculados a un ser concreto.

Las virtudes axiales del *ethos* nobiliario eran la magnanimidad, término que significaba sosiego y gravedad en la compostura; la liberalidad, es decir, la generosidad en sus manifestaciones externas; y la valentía en las acciones bélicas o lúdicas. En realidad, las tres eran una imitación de virtudes regias, aunque alguna de ellas, el afán de suntuosidad, degeneró ocasionalmente en actos de derroche y despilfarro. Basta con leer las descripciones de algunas fiestas y celebraciones. La posesión de estas cualidades personales era indispensable para alcanzar el fin último de la condición aristocrática o, lo que es lo mismo, la consecución de la fama; ahora bien, el disfrute de la misma no estaba por ello garantizado, sino que dependía de la fortuna, una fuerza mayor indomable. Toda la literatura contemporánea está transida por

un sentimiento de inseguridad ante el destino. El lema personal del poeta Gómez Manrique lo refleja bien: «No puede templar cordura, lo que destiempla ventura» (*Cancionero*, RBP, ms. II / 1250, f. 1r).

El autor de un escrito de esta índole debía superar el marco administrativo de un memorial de servicio y componer una auténtica biografía, lo cual suponía un salto cualitativo. El desarrollo de la vida de una figura sobresaliente implicaba que el redactor limitase la duración de lo narrado dentro del arco biológico del protagonista y, al mismo tiempo, se comprometiese a respetar la verdad. Este último punto cobraba gran importancia dentro del género biográfico ya que se le otorgaba casi un valor jurídico a cuanto se afirmaba sobre el sujeto de la acción. A tal efecto era conveniente que existiese una relación directa entre ambos agentes. A veces un criado letrado o un «familiar», al servicio de la casa, desempeñaba tal función.

Los dos cauces formales de expresión literaria —la poesía y la prosa— fueron utilizados indistintamente. El verso facilitaba la difusión oral y el proceso de memorización del texto; la composición sin rima ni ‘sílabas contadas’ permitía realizar descripciones

pormenorizadas y desarrollar argumentos más complejos. A título de ejemplo de la primera modalidad, recuérdense las bellísimas *Coplas a la muerte de su padre de Jorge Manrique* (1477). El poema es una profunda reflexión sobre la condición humana, la vanagloria y la fugacidad de la existencia, pero de este entramado emerge la figura señera de don Rodrigo, quien encarna el ideal de caballero (Alonso, 1942, estr. 31, pp. 254-268):

Estas sus viejas estorias,
que con su braço pintó
en joventud,
con otras nuevas victorias
agora las renovó
en senectud.
Por su grand abilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcançó la dignidad
de la gran cavallería
del Espada.

A veces el recurso a unas formas métricas se encuentra en escritos insospechados. Por ejemplo,

García Alonso de Torres, en su calidad de rey de armas y fedatario público, en una *Certificación de las armas de Olivera* incluye unos versos de loa que completan la descripción del linaje y de las proezas del hidalgo titular (BLG, ms. 279, f. 3v):

Y sy de una sola se haze mención,
de aquellas proezas por vos acabadas,
y no son escriptas ni menos contadas
en este tratado de vuestro blasón,
sy aquesta se juzga con gran discreción,
por esta las otras se pueden saber
pues fueron la cabsa de vos escoger,
como escogieron a Quinto Fabión.

Obsérvese que en este caso el autor se lamenta de que las hazañas no han sido «escritas ni menos contadas», de ahí la necesidad de recurrir a un testimonio notarial que sancione la veracidad de una de ellas con el fin de revalidar las restantes.

Las obras en prosa encierran gran interés, pero, dado su número y extensión, solo me limitaré a indicar los principales títulos: *El Victorial* (ante 1435) de Gutierre Díaz de Games, biografía dedicada

a la figura de don Pero Niño, conde de Buelna (BOOST, texid BETA 1471); *Historia del ínclito don Álvaro de Luna* (BOOST, texid BETA 2031); *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* (BOOST, texid BETA 1486); *Hechos de don Alonso de Monroy* (post 1477) de Alonso de Maldonado (BOOST, texid BETA 4109); *Historia de los hechos del Marqués de Cádiz* (post 1489), biografía dedicada a la figura de don Rodrigo Ponce de León (BOOST, texid BETA 1201), etc.

CONSIDERACIONES SOBRE LOS INVENTARIOS

Las categorías de libros adscritas al canon constituían el *pensum* ideal recomendado para la recta formación de un noble. De hecho, los correspondientes títulos se encuentran en la mayoría de los inventarios conservados de esta época. Ahora bien, en tales fondos suelen estar también representadas aquellas obras dedicadas a la caza, deporte nobiliario por excelencia, a los ‘decires y cantares’, y al ocio inteligente en forma de juegos de mesa. Esto es, las actividades indicadas por don Luis de Guzmán como contrapunto de la Biblia. En cambio, brilla

por su ausencia una vasta producción que atiende al nombre de novelas de caballería. Frente al desarrollo del género historiográfico basado en la realidad, se elaboró y difundió esta otra rama fruto de la ficción. El hecho merece algún comentario. Por supuesto, tales obras nunca fueron consideradas como lecturas ejemplares. Como ya se anticipó, Alonso de Cartagena desaconsejaba su lectura. Sin embargo, su influencia fue enorme en el público lector de corte aristocrático. Múltiples son las pruebas que se podrían aducir en tal sentido, pero yo me voy a limitar a los testimonios estudiados por mí en dos artículos (Ruiz, 2002: 361-400, y 2003: 127-194). En el primer trabajo se encuentra una prueba inequívoca y rara. Se trata del inventario de libros del II duque de Alburquerque, don Francisco Fernández de la Cueva (1467-1526), hijo del famoso don Beltrán. En el documento figura el conjunto de obras de carácter convencional que responde a las necesidades de un hombre de su condición, pero además la colección comprende una serie de títulos –un veinticinco por ciento del fondo librario aproximadamente– que proclama la afición personal del propietario hacia el mundo de la imaginación y el entretenimiento. Ello

nos hace pensar que el duque fue un auténtico lector y, por si fuera poco, que no se avergonzó del contenido de aquellas páginas, sino que las consideró dignas de figurar en sus anaqueles, a diferencia de lo que solía ocurrir en otros casos similares, en los que solo se guardaba la literatura considerada de buen tono social e intelectual. Por una vez, nos encontramos ante un aristócrata que de verdad lee y lee lo que el público mayoritariamente demandaba. El testimonio de su sinceridad es impagable.

En el segundo trabajo se estudia una fuente que describe puntualmente los festejos organizados con motivo del nacimiento del heredero de Carlos I (1527). Para semejante ocasión los representantes del estamento nobiliario se transformaron en caballeros andantes y simulaban algunas de las aventuras más notables del género. La conversión de los representantes más selectos de la Corte en héroes de ficción por unas horas indica hasta qué punto el grado de popularidad de estas obras era grande. El público asistente reconocía sin más acotación a los personajes de las aventuras escenificadas por las calles y plazas de Valladolid. Este texto es de enorme interés.

En definitiva, las dos fuentes documentales citadas nos hacen sospechar que muchos de los libros registrados en los inventarios estuvieron en poder de sus dueños, pero probablemente en situación de latencia. Algunos especialistas hablan de ‘libros durmientes’. A su vez, los productos pertenecientes al género de relatos de caballería eran considerados frívolos y efímeros y, por tanto, indignos de ser incluidos en las librerías. A ello se debería su ausencia generalizada en los inventarios. Si se admite esta hipótesis, el canon de lecturas ejemplares habría desempeñado una función teórica más que práctica. Semejante margen de duda sobre las auténticas lecturas del poseedor de una biblioteca es predicable de cualquier fuente de información relativa a esta cuestión y, en consecuencia, esta posibilidad deberá ser tenida en cuenta.

EL ACCESO A LA ALFABETIZACIÓN DE LA MUJER

La documentación disponible sobre la instrucción femenina en la Baja Edad Media es escasa y pobre en noticias. Solo tenemos datos sectoriales y, por tanto,

poco concluyentes. El proceso comenzaba —y a veces terminaba— con la adquisición de los rudimentos que permitían la descodificación de los signos alfabéticos o lectura de los mismos. Tal iniciación era dispensada a las niñas de familias acomodadas, quienes en algunos casos tuvieron una educación semejante a la de los varones, aunque menos exigente en materia de estudio. A finales del Cuatrocientos las representantes del sexo femenino pertenecientes a estamentos aristocráticos no solo aprendían a leer, sino que también algunas de ellas adquirirían ciertas nociones de latín. Por ejemplo, las hijas de los Reyes Católicos recibieron una formación en dicha lengua.

Como las fuentes sobre esta cuestión apenas deparan información, voy a recurrir a textos más tardíos. A tal fin traigo aquí a colación una curiosa obra inédita, de próxima publicación, que he localizado en la Real Academia de la Historia (ms. 9/2218). El manuscrito en cuestión, datable en la segunda mitad del siglo XVI, pertenece por su contenido al género de la literatura utópica, tan de moda en la época. Es un tratado en el que se describe una república cristiana que responde al nombre de Reino de la Verdad. Al frente del cual está el rey Prudenciano, prototipo

de príncipe justo y entregado al servicio de sus súbditos. La capital es llamada Omnibona y en ella todo funciona a la perfección. Una gran parte de la obra está dedicada a explicar el sistema de enseñanza aplicado. En lo que atañe a la sección femenina, se dice de pasada que:

La tercera cosa que les da mucha ayuda para aprender presto a leer y escrevir es enseñarles por arte, que antes no se solía hazer; y después que se imprimió un *Arte de leer*, se han hallado muchos provechos, que por ella se quita a los chicos y a los grandes las faltas que tienen en el hablar como el çegear y otros herrores (f. 39r).

Una vez adquirida la formación básica de lectura, escritura y doctrina cristiana, pasaban «a labrar [i. e. bordar], coser y cortar con su maestra» (f. 34r). Este plan general admitía una diversificación en el caso de las adolescentes destinadas a entrar en religión, pues, según se afirma:

Es muy bien que las donzellas que han de ser monjas deprendan gramática para que entiendan el

Ofiçio divino y tengan devoçión quando lo cantaren o rezaren, y que oyan philosophía moral entre mujeres, para que se mejoren en sus costumbres, pero no es bien que se preçien de latinas (f. 41v).

Esta idea se repite machaconamente. En algunas ocasiones se amplía la oferta al incluir también en el grupo «a las que quieren deprender por su plasser». Tal alumnado, situado en las clases de la parte superior de la escuela, recibía los principios gramaticales «por el mismo horden y con la diligencia que a los mochachos, aunque no les leen poetas ni el Laurençio Vala, pero leenles hinos y oraçiones y epístolas de sanct Pablo, homelías y salterios y otras leturas de la Iglesia» (45v). La razón de esta diferencia en el *pensum* se había explicitado más arriba:

Pero el Laurençio Vala, porque trata de los primores del latín, es bien que lo sepan los hombres y se preçien de ser buenos latinos, pero porque las mugeres no han de ser curiosas en preciarse de las gentilezas del latín, basta que medianamente entiendan las cosas de la Yglesia y, por esto, en lugar de Laurençio Vala les leen el salterio [...] (42r).

El valor de este testimonio es relativo por su cronología, pero nos confirma ciertos aspectos de interés, tales como el diferente grado de formación practicado entre ambos sexos y el enfoque del aprendizaje del latín con la finalidad exclusiva de que «entiendan las cosas de la Iglesia».

La extensión de conocimientos básicos a otros sectores de la población femenina, fuera de estos círculos privilegiados, está apenas documentada en el siglo xv, por tanto espigaré algunos pasajes de la centuria siguiente. Jerónimo Román de la Higuera recoge un testimonio valioso de autodidactismo a este respecto, atribuido a una joven portuguesa, que dice así:

Y como su padre no permitiese que [ella] aprendiese a escribir, por las letras que hacía en cosas de red y en otras labores con la aguja vino a escribir, de manera que escribe lo que quiere con mucha facilidad (1595, f. 264r-v).

A lo que parece, la alfabetización de la mujer no contaba con el beneplácito de algunos bienpensantes. Un ejemplo bien elocuente lo depara el siguiente

texto del dominico fray Antonio de Espinosa, obra que data de mediados del siglo xvi:

Si no fuere tu hija illustre o persona a quien le sería muy feo no saber leer ni escrevir, no se lo muestres, porque corre gran peligro en las mugeres baxas o communes el saberlo, assí para rescebir o embiar cartas a quien no deven como para abrir las de sus maridos, y saber otras escripturas o secretos que no es razón, a quien se inclina la flaqueza y curiosidad mugeril. Y assí como arriba te avisé que al hijo le muestres leer y escrevir, assí a la hija te lo viedo, porque cosas ay que son perfección en el varón, como tener barvas, que serían imperfección en la muger. Lo que a ellas podría aprovechar el leer es rezar en unas Horas; y a esto digo que tengo por mejor una onça de lo que sale del alma y allá dentro se contempla que un quintal de lo que está escripto, si en sola la letra se para (1552 B⁵r y B⁶r).

Obsérvese que la prohibición de alfabetizar a las mujeres presenta una excepción: «Si no fuere tu hija illustre o persona a quien le sería muy feo no saber leer ni escrevir», dato que confirma nuestra anterior

división en dos grupos de la condición femenina en función de su extracción social con relación a las letras. A finales de esa misma centuria la situación no ha mejorado. Véase el siguiente texto salido de la pluma del racionero de Toledo, Pedro Sánchez, en el que aconseja cómo ha de ser la esposa que el hombre sensato elija:

Que busques una muger que no sepa escrevir, y aun no la devrás desechar porque no supiesse leer, porque como la muger no á de tener libro de caxa ny mayor, ni manual (aunque lo requiera su trato y manera de bivar del marido) ny á de negociar la hazienda [...], no ay necesidad de que sepa escrevir [...]. Reze ella muy devotamente en unas cuentas [del rosario]; y, si supiere leer, lea en libros de devoción y de buena doctrina, que el escribir quédese para los hombres. Sepa ella muy bien usar de una aguja, de un huso y una rueca, que no á menester usar de una pluma (1585, f. 127v).

Este fragmento resulta doblemente interesante porque levanta acta del miedo cerval que producía la mujer letrada, por un lado y, por otro, refleja la importancia concedida a los libros de rezo, los cuales

constituían el objeto de lectura más recomendable para la condición femenina.

CANON DE LECTURAS DE LA MUJER

Las noticias referentes a los títulos propuestos al mundo femenino proceden del estamento nobiliario, al igual de lo que sucedía con los varones. La tónica general de ese conjunto de obras refleja lo que era estimado como literatura ideal para la mujer, sobre todo si la interesada pertenecía a un estrato social elevado.

La interesante documentación concerniente a Isabel I de Castilla constituye un punto de arranque obligado (Ruiz, 2004). Si tenemos en cuenta que el arzobispo de Granada fue su confesor y que este ejerció una dirección espiritual muy activa, comprenderemos mejor cuáles fueron las relaciones de la soberana con la lectura. Por tal motivo, el seguimiento de sus prácticas en este campo puede ser significativo. Disponemos de una vía colateral para conocer cuáles eran los libros que doña Isabel consideraba más adecuados para una mujer de situación social semejante a la suya. Se trata de los asientos

de cargo que registran los regalos enviados por la soberana durante una de sus frecuentes estancias en la ciudad de Granada, concretamente en los años de 1500 y 1501, a dos de sus hijas, alejadas de la corte castellana por razón de sus enlaces matrimoniales. A doña María, reina de Portugal, en un envío le mandó, entre otros objetos varios y lujosos, diecisiete libros y un pergamino con las palabras de la Consagración; a doña Catalina, princesa de Gales, veintidós ejemplares. Una simple lectura de ambas relaciones evidencia que hay trece títulos que se repiten en ambos casos. Hasta el momento presente no he encontrado documentos similares a los anteriores referidos a sus otras dos hijas, aunque cabe suponer que también tuviese el mismo género de atención con ellas. Como de doña Juana *la Loca* se conserva un inventario de sus bienes (Ferrandis, 1943: 220-235), resulta posible conocer los títulos de las obras que poseyó. Respecto de la primogénita, doña Isabel, tan solo tenemos la referencia de los bienes que quedaron en Castilla a su fallecimiento. Esta relación denota unos intereses de lectura muy parecidos.

Dejando a un lado los libros de rezo (breviarios, devocionarios, diurnales, libros de horas, misales,

etc.) que se encuentran abundantemente representados en dichas relaciones, hay una coincidencia significativa en las siguientes obras:

1. Thomas de Kempis, *Contemptus mundi*.
2. Domenico Cavalca, *Espejo de la cruz*.
3. Pedro Jiménez de Préjano, *Lucero de la vida cristiana*.
4. Clemente Sánchez de Vercial, *Sacramental*.
5. Jacobo Vorágine, *Flos sanctorum*.
6. Íñigo de Mendoza, *Vita Christi fecho por coplas*.
7. Anicio Manlio Boecio, *De consolatione de Boecio*.
8. *Regimiento de príncipes*.

Los siete primeros ejemplares eran impresos, el octavo un manuscrito. También aparecen en dichos inventarios algunos otros títulos muy característicos, tales como el *Carro de las donas* de Francesc Eiximenis, la *Visión deleitable* de Alfonso de la Torre o la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia. La forma de recepción de esta última obra —por la que la reina sintió una especial predilección a juzgar por sus desvelos para que fuese traducida, copiada lujosamente y, finalmente, impresa— tuvo que ser

eminentemente frutiva y, al tiempo, devota. Otro tanto sucedería, en mayor o menor escala, con algunos de los títulos que formaron parte de su fondo privado.

El conjunto de obras enviadas por doña Isabel a sus hijas refleja cuáles eran los libros que ella consideraba de buen tono y adecuados para unas damas de su rango en el seno de la corte castellana. En definitiva, el seguimiento de los ejemplares de uso particular de la Reina Católica y de los regalados por ella permite conocer sus preferencias en materia de lectura. Ciertamente, la repetición de títulos indica, a mi modo de ver, una clara predilección suya por las obras en cuestión. Ahora bien, queda por averiguar si la elección de esta temática concreta era espontánea o, por el contrario, inducida. La figura de fray Hernando de Talavera fue muy influyente en tal sentido, según se ha anticipado. A este jerónimo se debe un tratado titulado *De cómo han de vivir las monjas de san Bernardo en sus monasterios de Ávila*. En el capítulo séptimo del mismo propone un catálogo de lecturas que merece ser tenido en cuenta, por ello lo cito *in extenso*:

Sean siempre la lección en romance, porque la lección que no se entiende, ni se lee ni se oye como debe, ni aprovecha mucho leerse. Sea la lección de los santos *Evangelios*, y aún de todo el *Testamento Nuevo*; sea de los cinco libros de *Salomón*, sea de *Tobías*, de *Ester* y de la santa *Judit*; sea de las *Vidas de los santos*; sea de los *Morales* de san Gregorio y de sus *Diálogos*; sea de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, que compuso fray Francisco Jiménez, santo fraile menor, patriarca que fue de Jerusalén, sea de *Natura angélica* y *De las donas* que escribió el mismo; sea del libro que escribió san Juan Buenaventura de cómo los novicios han de ser enseñados en la santa religión [*Forma de los novicios*]; sea del libro que enseña cómo se han de haber los religiosos en todo lugar y en todo tiempo y en toda ocupación [*Enseñamiento de los religiosos*]; sea del libro que enseña cómo se han de guardar el corazón [*Enseñamiento del corazón*], que es un libro muy provechoso; sea de la *Regla* que escribió el glorioso mi padre san Hierónimo a la santa virgen Eustaquio y la *Epístola* que le escribió de cómo se ha de guardar la castidad [*Epístola ad Eustochium. De custodia virginittatis*], y de su santa muerte y muy devoto pasamiento de esta vida, y de los milagros que Nuestro Señor hizo por él [*Vida y tránsito de san Jerónimo*]; sea del li-

bro que escribió vuestro dulce padre san Bernardo a su santa hermana Florentina [*La manera del bien vivir*]; del libro que escribió san Agustín de la vida del cristiano [*Doctrina cristiana*]; ítem, del *Espejo del pecador*, del *Soliloquio*; de las oraciones de los padres y de las instituciones de los monjes [*Instituciones de Casiano*?]; del *Espejo de los legos*; y otros libros devotos y provechosos (González, 1960, p. 157; las identificaciones de los títulos incluidas en paréntesis angulares son mías).

Casi la totalidad de las obras enumeradas figuró en las distintas partidas del patrimonio librario isabelino, incluido el propio manuscrito portador de la cita (RBME, ms. a.IV.29). La dirección ejercida por el confesor de la reina tal vez se materializó ocasionalmente en la indicación de obras concretas. Por ejemplo, doña Isabel regaló a dos de sus hijas un ejemplar del *Enseñamiento del corazón* y otro probablemente a su propio esposo. Pues bien, en el catálogo de Talavera dedicado a las monjas, ese título figura distinguido con el siguiente juicio crítico: «Es un libro muy provechoso».

El texto citado tal vez denote la existencia de un canon de lecturas femenino auspiciado o, al menos,

considerado beneficioso por el futuro prelado. El hecho de que las destinatarias de esta recomendación fuesen unas monjas no es óbice, pues las seculares pertenecientes a una clase social privilegiada tenían un plan de vida espiritual análogo al de las féminas consagradas a Dios, como se verá más adelante. El denominador común era ser partícipes de un mismo género, por oposición al masculino, con independencia de su estado.

El círculo familiar femenino se cierra con la figura de la hija política de la soberana, doña Margarita de Austria. La esposa del príncipe don Juan, al morir este, recibió en la ciudad de Granada los bienes de su Cámara que le pertenecían. El acto protocolario se celebró el 28 de septiembre de 1499 en presencia de los embajadores venidos a la Península para la ocasión. En un memorial se registraron los distintos objetos: entre ellos figuraban veinte libros, cinco de ellos en castellano (AGS, PR. Capitulaciones con la Casa de Austria, leg. 1, f. 7). Estos últimos eran: unas *Horas* manuscritas que le había dado la reina, un *Isopete*, unos *Evangelios*, unas *Coplas de la Pasión* y otras sobre la *Vita Christi*. Aunque solo en dos casos se indica que los ejemplares eran de molde, hay que

suponer que en realidad lo fueran los cuatro. Tras su marcha de Castilla la desdichada princesa siguió cultivando su afición. De hecho, logró reunir una magnífica colección de libros a lo largo de su vida. En el inventario correspondiente, del cual se conservan varias copias espaciadas en el tiempo (BNF, ms. Cinq Cents de Colbert, 131 y Debae, 1995), se incluyen, en medio de un riquísimo y variado surtido, algunas obras en castellano. Si se comparan los títulos de los fondos de Isabel I con los que figuran en la librería de su nuera, se observa que ambas damas tenían unos gustos literarios muy distintos. La colección de doña Margarita era, en parte, fruto de una herencia patrimonial notabilísima: la de los duques de Borgoña. No obstante, se percibe en ella una pasión bibliófila a través de las adquisiciones que realizó y una verdadera afición por la lectura. En cualquier caso, su biblioteca refleja una mentalidad muy distinta de la atribuible a doña Isabel.

Algunos representantes del sexo masculino procuraron encauzar la actividad lectora de las mujeres hacia escritos de contenido religioso de manera exclusiva. A tal fin hubo autores que compusieron tratados dirigidos a tales destinatarias, renombradas

en la mayoría de los casos. Aquí se podrían citar numerosas obras dedicadas a la Reina Católica e igualmente a otras damas. Por ejemplo, el *Jardín de nobles doncellas* de Martín de Córdoba (Valladolid: Juan de Burgos, 1500); la *Avisación a la virtuosa y muy noble señora doña María de Pacheco, condessa de Benavente, de cómo se deve cada día ordenar y ocupar para que expienda bien su tiempo* de fray Hernando de Talavera (RBME, ms. b.IV.26); o los textos más tardíos de la *Varia historia de sanctas e illustres mugeres en todo género de virtudes* de Juan Pérez de Moya (Madrid: Francisco Sánchez, 1583), donde el autor proporciona curiosas noticias de varias españolas famosas contemporáneas suyas; o la *Tercera parte de las obras* de Juan de Ávila (Madrid: Pedro Madrigal, 1596), dedicada a la marquesa de Castellar, bisnieta de Beatriz Galindo, a quien se cita elogiosamente. Semejante dirigismo afectaba tanto a las seglares como a las religiosas.

Ciertamente, el modelo preconizado de mujer lectora se sustentaba en la figura de una dama con un libro de rezo en las manos. Isabel I de Castilla ejemplificó este retrato ideal. Cuando se examina el contenido de los ejemplares de esta última, se comprueba algo que ya sabíamos por otros conductos,

a saber, que uno de los valores predominantes de la cosmovisión de la reina fue la religiosidad, rasgo que se debe interpretar como una manifestación más de su íntima convicción de la tarea mesiánica de su misión, de acuerdo con el principio arraigado en la época de que el soberano era un vicario de la divinidad.

Este aspecto de su personalidad fue puesto de relieve por Gómez Manrique, quien reconvino con mesura a la interesada en unos conocidos versos de su *Regimiento de príncipes* (1984):

El rezar de los Salterios,
y el dezir de las Horas
dexad a las oradoras
que están en los monesterios.
Vos, señora, por regir
vuestros pueblos y regiones,
por hazerlos bien bevir,
por los males corregir,
posponed las oraciones.

Las palabras del poeta respondían a una realidad si nos atenemos a los datos que proporciona su inventario (Ruiz, 2004), pues los libros guardados celosamente en las arcas eran los que le deberían guiar

para acercarse al modelo de una reina ejemplar a lo divino. Esta era la auténtica biblioteca personal de doña Isabel. La presencia de tales textos en su entorno próximo se debe valorar en su justa medida. Por tanto, convendrá revisar algunos juicios emitidos sobre sus aficiones literarias.

La importancia de la literatura religiosa como materia primordial de lectura se encarnó en algunas obras muy tipificadas, que serán examinadas a continuación.

EL LIBRO DE HORAS, UN OBJETO REDENTOR

La incidencia de los títulos mencionados y otros afines en concepto de obras que conformaban el canon de lecturas de la mujer es reducida si se compara con la influencia ejercida por el libro de horas, el cual por su contenido era considerado idóneo para la condición femenina. Fue, en efecto, un auténtico *best-seller*. De hecho, desde finales del siglo XIV hasta comienzos del XVI las versiones manuscritas e impresas pertenecientes a esta categoría han sido más numerosas que las de la propia Biblia en ese mismo período.

A este tipo de obras de rezo hay que atribuirle un importante papel en el proceso de socialización de la lectura femenina. La influencia se ejerció en una primera etapa sobre un sector restringido de la población por razones económicas, a causa del elevado precio de los manuscritos; luego, las ediciones impresas ampliaron el círculo de personas que podían acceder a tal objeto, codiciado socialmente y dispensador de bienes espirituales. Se conservan y están controlados bibliográficamente 4.884 ejemplares de la primera categoría (Dondi, 2003: 212); y resulta imposible cuantificar los elaborados con la segunda técnica de producción. Todos los testimonios son dignos de nuestra atención porque, al margen de su valor material, confirman el paulatino acceso de la mujer a la condición de alfabetizada, un fenómeno sociológico de primera magnitud.

Con relativa frecuencia los seglares se servían de libros de horas compuestos en latín. La explicación de este hecho quizá resida en que los interesados practicaban un tipo de lectura que Paul Saenger (1985: 240-241) denomina *phonetic literacy*, esto es, una pronunciación sílaba por sílaba con un recorrido secuencial desde el principio hasta el fin del

escrito propuesto. Esta modalidad no implicaba una comprensión gramatical del texto, sino una captación global del significado, a lo cual contribuían las ilustraciones que con frecuencia completaban la parte escrita. Tal género de descodificación sería habitual entre los laicos con escasa o nula formación en la lengua de Cicerón, lo cual explicaría la razón de utilizar en muchas ocasiones el idioma vernáculo en las rúbricas que indicaban el manejo del libro en función del año litúrgico, ya que en tales casos era preciso entender el significado concreto del texto. El desconocimiento del canal empleado para dirigirse a Dios no constituiría un obstáculo insalvable, antes al contrario, la enunciación de un mensaje críptico podría ser interpretado en clave de mayor eficacia, al igual de lo que sucede con las fórmulas cabalísticas. Un buen ejemplo de este recurso se encuentra en la *Oración de san Agustín*, la cual comienza: *Thetagramathon, titulus triumphalis passionis Ihesu Christi*. Y más adelante incluye la fórmula doxológica en lengua griega, transcrita en el alfabeto latino con la siguiente grafía: *Agios o theos, agios ysquiros, agios athanatos*.

Este tipo de obra favoreció la destreza en la lectura y el aprendizaje de otros conocimientos varios, ta-

les como la adquisición de rudimentos gramaticales, el desarrollo de la sensibilidad ante textos poéticos, etc. Tales logros fueron las consecuencias derivadas de un manejo cotidiano de un objeto portador de escritura. El ejemplar evocaba otros valores: prioritariamente el sentimiento religioso, pero también el estético a través de la contemplación de unas páginas profusamente iluminadas. Las ilustraciones condensaban el espíritu de la letra; en cambio, las ornamentaciones —orlas e iniciales— reflejaban el mundo de la imaginación y de las prácticas sociales, sobre todo del laicado. Basta con ojear las páginas de los calendarios. Los signos del Zodíaco y las representaciones de los trabajos y de los días son dos series de imágenes hasta cierto punto convencionales, pero hay una tercera que descuella por la naturaleza de los hechos narrados. Se trata de aquellas escenas que captan momentos diversos de la vida cotidiana de personas pertenecientes a una clase social acomodada. Sus actividades se enmarcan en la esfera del ocio: juegos, bailes, viajes, caza y pasatiempos diversos. Tales testimonios documentan un modo de vida amable y despreocupado frente a la laboriosidad mostrada por los personajes que encarnan los

distintos oficios propios de cada estación del año. Hoy se nos escapa el significado que podría encerrar en su momento esta contraposición de dos géneros de existencia. En cualquier caso, conviene subrayar la presencia de la mujer y el carácter laico de las representaciones insertas en las orlas frente al contenido religioso del aparato iconográfico de las horas.

Aunque la naturaleza de los textos no predeterminaba el sexo del destinatario, en realidad, el mundo femenino constituyó su público más numeroso, no en vano el protagonismo de la acción narrada recaía sobre una mujer, la Virgen María, a quien se dedicaba la parte central de la obra. De hecho, en los maitines se intercalaba el siguiente versículo entre la *Lectio III* y el himno *Te Deum laudamus: Santa Maria, [...] intercede en favor del devoto género femenino / Sancta Maria, [...] intercede pro deuoto femineo sexu*. De esta manera su figura se convertía en un modelo a imitar no solo por sus virtudes, sino incluso en su porte externo.

El hecho de dirigirse a Dios por la vía de la plegaria conllevaba realizar esta acción de acuerdo con determinados requisitos, de ahí que el fiel debiese reunir ciertas condiciones para que se actualizase el

mecanismo garante de la operatividad suplicatoria. En este ámbito hay que considerar dos aspectos:

- La manera de orar
- La actitud corporal

El primer punto comprende las dos formas de establecer comunicación con las instancias sobrenaturales, esto es, la plegaria mental o, en su defecto, el rezo vocal. Esta segunda vía de contacto verbalizado se expresaba por lo general en las fuentes latinas mediante el vocablo *dicere*. En algún caso se encuentra en su lugar *recitare*, lo cual subraya el aspecto oral de la *performance* o ejecución. La utilización de *legere* en su lugar es excepcional. Las versiones en lengua vernácula privilegian el uso del término *rezar*, en el sentido etimológico de ‘recitar’, pero a veces se recurre al verbo *leer*. Aunque no se especifica de manera explícita, cabe suponer que la dicción o la lectura fuese oralizada, bien de manera musitada o en voz alta, a juzgar por el sentido de las formas verbales utilizadas. En alguna ocasión se contempla la eventualidad de que el fiel sea analfabeto, caso en el que se recomienda que si «este no supiere leer, tráyala [la oración] sobrescripta en pergamino virgen».

El otro aspecto que el fiel debía observar en el momento de dirigirse a Dios en privado era su actitud física, amén de su disposición mental. La dicción de unas secuencias, rimadas o en prosa, no debía convertirse en un acto realizado mecánicamente, sino que requería una participación psíquica del sujeto. De ahí la apelación a la idea de devoción expresada bajo distintas formulaciones lingüísticas. El modo de lectura o recitación practicado se completaba con el aparato gestual desplegado. Esta teatralidad, fiel trasunto de la liturgia oficial, se aplicaba a las prácticas religiosas realizadas en la intimidad, entendiendo por tal el rezo de las horas canónicas y el cultivo de otras devociones particulares de los individuos. La participación del laico en el hecho religioso se conseguía por la vía del sentimiento. Los misterios de la fe eran objeto de una creencia subjetiva más que de un conocimiento teológico.

Para que el ejercicio piadoso se realizase en las mejores condiciones posibles, se requerían tres enseres: un reclinatorio, un soporte escrito y una representación icónica. El primero era un tipo de mueble que se introduce en los hogares de las personas acomodadas por esta época. Se encuentra representado por

doquier en los aposentos. El decorado ideal requería también que la persona practicante adoptase una actitud adecuada y tuviese ante su vista el soporte del texto o libro en conexión con una imagen sagrada. Este *atrezzo* facilitaba que el fiel entrase en situación escénica. La conjunción de tales elementos era indispensable para poner en funcionamiento el mecanismo de la incorporación afectiva del orante al asunto contemplado durante el rezo. Por lo general, en las rúbricas se insiste en que el creyente esté de rodillas y ante una representación figurada. A veces se indica que el interesado permanezca genuflexo o que sus rodillas estén desnudas en tierra, para añadir un punto de mortificación corporal. Este sacrificio sería valorado positivamente por la instancia superior invocada. Los ejemplos que aquí podríamos citar como ilustración de esta disposición son muy numerosos. Las miniaturas que ilustran la escena de la Anunciación del arcángel san Gabriel suelen representar a la Virgen como una recatada doncella con sus manos juntas o bien cruzadas sobre el pecho y arrodillada en un reclinatorio sobre el que se exhibe un libro abierto. Esta postura indicaba la forma ideal de gestualidad en las relaciones eucológicas con

seres sobrenaturales en el siglo xv. La inclusión de un ejemplar en la escena resultaba imprescindible. La influencia de este tratamiento iconográfico queda manifiesto en aquellos casos en los que el manuscrito era una obra de encargo. La figura del comitente, mayoritariamente una mujer, era retratada a veces en esa misma posición. Hay, pues, una respuesta mimética respecto del modelo propuesto. Los ejemplos de fieles hispanos así representados no son muy numerosos ya que los principales centros de producción de libros de horas estuvieron asentados en los Países Bajos, Francia e Italia. Los casos de orantes femeninos más conocidos están vinculados a la realeza: doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico (RBP, ms. II/Tesoro, f. 37v), doña Juana I de Castilla (British Library, ms. 35313) y, sobre todo, su madre, doña Isabel I. Dada la importancia de esta reina, su imagen fue reproducida en distintos tipos de escritos. Representaciones de cuerpo entero se encuentran en una carta de hermandad expedida en el famoso convento romano de Santa Maria sopra Minerva (AGS, PR, 27-94) y en el *Libro Blanco* custodiado en el archivo de la catedral de Sevilla (vol. I, f. 148r). En el primer testimonio doña Isabel, coro-

nada, aparece arrodillada al pie de la cruz y detrás de ella se encuentra el general de la Orden de los dominicos, fray Leonardo de Mansuetis, en calidad de intermediario. La escena, trazada en el campo interno de una *S*, reproduce un esquema iconográfico típico: la imagen de la orante ante una efigie sagrada. El documento está fechado en 1477. El retrato es de tipo convencional y carece de cualquier referencia a la persona física allí pintada. Centrado en la orla está el escudo de armas reales, inscrito en un tondo laureado.

El mismo asunto es tratado en otro ejemplo, el *Libro Blanco* de la catedral hispalense, ya citado, en la parte que contiene la constitución de un patronato por mandato de la reina para celebrar la victoria de Toro de 1477. Al comienzo del texto y en una gran inicial, es representada la Virgen María coronada con el Niño en brazos, el cual bendice a la orante. A los pies de ella, se encuentra la figura de doña Isabel en oración, de rodillas y con la corona en el suelo en señal de respeto. En la orla está el escudo con el águila de san Juan y las armas de ambos monarcas. Los dos testimonios, próximos en el tiempo, son muy semejantes por su temática, tratamiento

artístico e intencionalidad en el mensaje conceptual transmitido (Ruiz, 2000: 15-43). Otro ejemplo posterior es un dibujo de Juan Guas proyectado para la capilla de San Juan de los Reyes, y cuyo original se conserva en el Museo del Prado. En él figura doña Isabel arrodillada en un reclinatorio. Ante su vista tiene un grueso libro de rezo —probablemente un breviario— protegido por una funda. También resulta de gran interés el magnífico *Misal* custodiado en la Capilla Real de Granada, ya que es uno de los pocos manuscritos atribuibles a su persona con certeza. Es obra de Francisco Flórez según reza en el colofón datado en 1496. Una representación de la *Maiestas Domini* y una escena con la Crucifixión ocupan una doble página. El escudo real, emblemas, iniciales historiadas con santos y algunas viñetas con retratos de doña Isabel completan la ornamentación. En uno de ellos la soberana está de rodillas, mostrando el libro a san Juan Evangelista; en otro es representada como orante en un reclinatorio ante un altar.

Estos y otros testimonios similares reflejan el acceso de la mujer a la lectura, bien como práctica real o bien como modelo a imitar. La difusión en esta época del culto de santa Ana en su calidad de maes-

tra de primeras letras, función ejercida tanto con la Virgen como con Jesús durante su infancia, está relacionada con un tácito elogio de la alfabetización de la prole como una tarea femenina. Este culto valora la actividad pedagógica. La cronología de tales ilustraciones es muy significativa y delimita el alcance de un fenómeno social.

Queda fuera de toda duda el hecho de que en el Cuatrocientos el modelo de postura ideal del orante fue difundido sobre todo a través de las distintas versiones que desarrollaban de manera plástica la escena de la Anunciación. Los artistas convirtieron el tratamiento de este asunto en un *tópos* que se aplicaba por doquier, hasta el punto de que la representación del *thalamus Virginis* constituyó un tipo de aposento femenino que debería ser imitado por aquellas mujeres que pudiesen permitirse el disfrute de un ámbito privado o *locus amoenus* preconizado por los seguidores de la *Deuotio moderna*, quienes aspiraban a una privatización del culto y a su celebración en el seno de la propia casa. El dormitorio fue considerado una especie de lugar sagrado para cumplir este consejo. A este respecto una fuente de información fidedigna e interesante es el breve tratado compuesto por fray

Hernando de Talavera para aleccionar a su hija espiritual, doña María Pacheco, condesa de Benavente, sobre la manera de distribuir correctamente su tiempo (BRME, ms. b.IV.26, ff. 1r-27v). El opúsculo es en extremo interesante ya que refleja el plan de vida que debía seguir una mujer perteneciente a una clase social privilegiada, el cual se asemejaba al tipo de jornada que se desarrollaría en un convento. La única diferencia residía en que doña María tenía que obedecer al «magnífico señor conde» ya que según este autor las «mugeres son naturalmente hechas para ser regidas y subjectas». Esta afirmación refleja bien a las claras la concepción que se tenía en la época de la condición femenina: la mujer de cualquier estado y situación tenía que estar siempre tutelada por un varón. La carencia de tal figura la convertía automáticamente en un ser sospechoso. Véase la leyenda del escudo parlante de la casa de Miranda:

Si dixieren cúyas son
y quién es el que las manda,
son los Ponçes de León
con la casa de Miranda.

En el plan propuesto por Talavera se aconseja a la condesa que, al levantarse del lecho, inicie la recitación de una serie de oraciones, que proseguirá mientras se viste, de tal manera que:

Ataviada vuestra persona, vuestra primera ocupación sea rezar prima, tertia, sexta y nona de las Horas de Nuestra Señora, que sin grand necesidad nunca las devéis dexar. Aparejen entre tanto el altar y lo necessario para que, en dando las nueve, comiencen dezir missa. Esta oyd con mucha atención, dexando todo cuidado [...]. En tanto que se dize, podréis rezar la missa de Nuestra Señora y los psalmos penitenciales, salvo que el sancto evangelio oyáis con todo silencio. [...] Si quisiédes algunas vezes mirar y contemplar los misterios de aquellas sanctas cerimonias, quizá valdría tanto y más que el rezar (f. 23r-v).

Aparte de las indicaciones relativas al Oficio resulta interesante subrayar la manera de participar en el misterio eucarístico. Tras la comida le aconseja reposar una media hora y a continuación:

Despertada del sueño, a las dos después de mediodía, devéis luego rezar biesperas y cumpletas

de Nuestra Señora y las Horas de Defunctos, si bastare la devoción. Todo esto en un retrete el más quito de ruido que pudiédes aver, en el qual esté vuestro oratorio tan limpio y tan compuesto que, cada que en él entrades, vos dé consolación y combide a devoción. Tardaréis en aquesto poco más de media hora (f. 25r).

El fraile jerónimo no solo indica el modo de distribuir las lecturas sino también la estancia en que deben efectuarse. El concepto de espacio interior introduce un valor simbólico en referencia al alma. El recogimiento y silencio necesarios se podrían alcanzar en «el retrete más quito de ruido» en palabras de fray Hernando de Talavera. El autor de la *Imitación de Cristo* defendía la misma postura: «Cierra tu puerta sobre ti y llama en tu favor a Jesús, tu amado. Está con Él en tu aposento, que no hallarás en otro lugar tanta paz» (Kempis, 1940, I, 20, 8). Estas citas remiten tácitamente a pasajes del Evangelio, en los que Cristo invita a sus discípulos a que se retiren para orar.

El ritmo de la jornada se clausuraría de la manera siguiente: «Vuestra cena sea a las siete o a las ocho

quando más. Y, antes, media hora vos retrahed en el oratorio a rezar los maytines y laudes de Nuestra Señora» (ff. 25v-26r). Como se puede observar, en tres ocasiones, a lo largo del día, era preciso recurrir al libro de horas con el fin de poder cumplir con la obligación espiritual de entonar el Oficio parvo completo, modalidad de comunicación sustentada en el principio litúrgico de la oración incesante. La incidencia del rito en el transcurso de la jornada y la frecuencia del manejo de un soporte material a modo de guía de la actividad piadosa explican el peso social de un tipo de libro que desempeñó una función determinante en la vida de las seglares del siglo xv y primera mitad del xvi.

El programa de rezos esbozado por fray Hernando de Talavera formaba parte de un tratado moral. En verdad, se ignora el grado de seguimiento de este régimen de vida en el mundo real. Por ello resulta interesante aportar algunos testimonios contrastados referentes a Isabel I. Es cierto que las fuentes aducidas como prueba podrían ser el fruto de una acomodación a las modas artísticas del momento o la consecuencia de un plan tendente a valorar políticamente su religiosidad; ahora bien, en la documen-

tación se encuentran otros indicios indubitables. Por un lado está el asiento de un oficial de la Contaduría que registra asépticamente la existencia de «un libro aforrado en carmesí pelo en que rreçaba [de] contino Su Alteza» (AGS, *CMC* 1.^a ép., leg. 189, pl. 1, s. f.). Esta noticia nos confirma que para su uso diario le bastaba con un simple ejemplar. Por otro lado, están registrados algunos objetos destinados a tal fin. La práctica de la lectura vespertina de textos devotos no ofrece dudas gracias a asientos de gastos de su Cámara: «Costaron seis libras de velas blancas de çera para el candelero de Su Alteza de rezar [...] dozientos e setenta e siete maravedíes e medio» (Benito, 1996, vol. II, asiento 166). Asimismo, doña Isabel encarga «un candelero de rezar» de plata al orfebre Juan de Oñate (Torre, 1955-1956, vol. II, p. 110). De igual manera la imagen de una reina en trance de leer se completa con el objeto descrito en el asiento siguiente:

Una piedra de viril para leer, de la una parte llana y de la otra tunbada, guarneçida de plata dorada, con un cabo d'ello mismo, en que está figurada una muger. Pesó todo junto dos onças y dos

ochavas y media. Está en una caja de cuero con unos cordones de seda negra (AGS, *CMC* 1.^a ép., leg. 30-6, f. 9).

Probablemente la vista cansada, primer síntoma de una madurez fisiológica, le obligaba a servirse de un «berilo» a modo de lente de aumento, confeccionada con una cara convexa o «tunbada». El uso de tal instrumento indica un hábito de lectura a título personal. Hay otras menciones de lupas y de lentes en la documentación conservada. La escenografía se puede reconstruir imaginariamente con los siguientes elementos: en primer término, un reclinatorio, al fondo, un paño de devoción y, en manos de doña Isabel, un libro de rezo. La modalidad de lectura más ejercitada por ella fue probablemente aquella vinculada a prácticas devotas y realizada de una manera iterativa y musitada. La reina llegó a poseer un elevado número de ejemplares de obras de este tipo, más de un centenar. Aun a sabiendas del profundo sentimiento cristiano de la soberana, un surtido tal resultaría sorprendente, si nouviésemos en cuenta la incidencia de los regalos efectuados por los súbditos. En consecuencia, la acumulación y custodia

personal de tales piezas indica su alto valor simbólico y económico. Dichos objetos eran considerados como auténticas joyas en el plano espiritual y material.

El auge de la religiosidad en sus distintas vertientes favoreció la inclusión de elementos espurios en el esquema compositivo original del libro de horas. Primero se fueron introduciendo paulatinamente algunas plegarias que no pertenecían a su estructura primitiva, del tipo *O intemerata*, *Obsecro te* o la *Oración de san León*, por citar casos paradigmáticos. El incremento de devociones privadas sin relación con el ritual del Oficio divino fue en aumento a partir de la segunda mitad del siglo xv. El éxito de tales actividades personalizadas y cultivadas por grupos nutridos de fieles hizo disminuir la demanda social del libro de horas, a pesar de que se venían realizando en aquel infiltraciones de un material eucológico ajeno con el fin de conservar el favor del público. Incluso los artesanos dejaban al final de la obra varios folios en blanco decorados y preparados para recibir la escritura de otras plegarias que pudiesen ser del agrado del propietario. El devocionario fue el producto que eclipsó a la otra modalidad. Era un

tipo de libro de rezo de contenido variable y heterogéneo, nacido de un proceso de selección de temas y ejercicios piadosos que, al gozar de una excelente acogida por los fieles, se desgajaron de sus núcleos originarios e incorporaron, de manera aleatoria, a un patrón bibliográfico distinto. Tales secuencias, descontextualizadas y amalgamadas con otras piezas más recientes, fruto de un sentimiento religioso gustoso del dramatismo y, a veces, lindante con la superstición, fueron el material propio de tales obras, las cuales se definen en su aspecto formal por su menor preciosismo gráfico en la ejecución de iniciales y signos alfabéticos, y por sus orlas sencillas, ingenuas y coloristas. Por lo general circularon de manera manuscrita y, en muchas ocasiones, confeccionadas o incrementadas por el propio usuario. Las piezas conservadas son más escasas y menos lujosas que los libros de horas. Un rasgo codicológico común y significativo es el formato pues, en efecto, ambas categorías presentaban un tamaño relativamente pequeño, debido al modo de uso al que se destinaban tales objetos. En realidad, eran ‘libros de mano’ que debían ser transportados y manejados con facilidad.

La enorme difusión de estos cultos y su hibridación con otras muestras de religiosidad popular provocaron su prohibición en el Concilio de Trento (1545-1563). A título de ejemplo véase la siguiente normativa:

Prohibense assí mesmo todas las Horas y differencias dellas en lengua vulgar, y todos los summarios y rúbricas que aya en qualesquier Horas en latín, o otros libros donde oviere promesas y esperanças temerarias y vanas, como son que quien tal oración o devoción rezare, no morirá muerte súbita ni en agua ni en fuego ni otro género de muerte violenta o desastrada, o que sabrá la hora de su muerte, o que verá en aquella hora a Nuestra Señora, o cosas desta manera, vanas y sin fundamento de verdad. Y esso mesmo se entienda en los títulos y rúbricas vanas y fabulosas, semejantes a estas, que se hallaren en qualesquier nóminas, oraciones y ejercicios (*Index et catalogus librorum prohibitorum*, Matriti: Apud Alphonsum Gomezius, 1583, Regla VII).

La claridad del texto citado nos exime de cualquier comentario.

EL ACCESO A LOS TEXTOS

La mujer, una vez habilitada en el campo de la alfabetización gracias a los conocimientos adquiridos, se aficionó a leer, pues son múltiples las fuentes que así lo corroboran. Asimismo, los pasajes citados y otros testimonios similares –escritos o figurativos– nos muestran una forma de ejecución de la lectura a título individual y de una manera más o menos silenciosa. Esta modalidad se desarrollaba preferentemente en el oratorio, como marco ideal de esta actividad; en su defecto la habitación privada cumplía la misma función. La incorporación del aposento como un ámbito propio del individuo contribuyó en gran medida al cultivo del espíritu. La soledad propiciaba la introspección y el hábito de leer de manera reflexiva y atenta. Esta técnica de apropiación de los textos convivió probablemente con otra modalidad realizada en voz alta en el seno de la familia o bien en círculos de personas afines por razones de amistad o credos. La difusión de escritos –doctrinales, instructivos o recreativos– por la vía auditiva tuvo que ser importante, sobre todo teniendo en cuenta que tales sesiones pudieron desarrollarse al tiempo

que las oyentes ejecutaban tareas manuales y, particularmente, labores de costura, tejido y bordados. A todos los efectos los gineceos de muchos hogares desempeñaron una misión educativa digna de ser tenida en cuenta. Otro tanto se podría decir de la vida conventual.

La siguiente cuestión es la más interesante: ¿qué es lo que la mujer leía? En el ejercicio de esta actividad se aprecia un doble comportamiento. Cuando la lectura era practicada de manera voluntaria, los escritos elegidos eran mayoritariamente de carácter profano. Esta tendencia fue interpretada como un síntoma de libertinaje y, en consecuencia, fueron numerosos los clérigos que censuraron con acritud el gusto inmoderado de las féminas por obras de entretenimiento. La acusación puede que suene a tópico por su reiteración en la tratadística moral de la época, pero en el fondo indica la afición de muchas mujeres por este medio de información y esparcimiento. Un par de ejemplos, entre mil posibles, servirán para mostrar que el gusto por obras profanas no se modificó a lo largo del período considerado. El primer texto procede del *Corbacho*, cuyo subtítulo es muy elocuente ya que se dice que el autor: «Fa-

bla de los vicios de las malas mugeres e complexiones de los onbres». En la primera mitad del siglo xv el arcipreste de Talavera ya observa la siguiente conducta:

Todas estas cosas fallaréys en los cofres de las mugeres: Oras de Santa María, syete salmos [penitenciales], estorias de santos, salterios de romance, ¡nin verle del ojo! Pero canciones, dezires, coplas, cartas de enamorados e muchas otras locuras, esto sí (1970, p. 135).

El segundo testimonio procede de Pedro Malón de Chaide, quien en el prólogo de una obra suya dedicada a doña Beatriz Cerdán y de Heredia, religiosa del monasterio de Santa María de Casuas, se lamenta a finales del siglo xvi en los siguientes términos:

¿Qué ha de hazer la donzellita que apenas sabe andar y ya trae una *Diana* en la faldriquera? ¿Cómo dirá Paternoster en las Horas la que acaba de sepultar a Píramo y Tisbe en *Diana*? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? [...]. Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías, y náceles un

deseo de ser servidas, como lo fueron aquellas que han leído en estos [libros], sus *Flos sanctorum*. Y de aquí vienen a ruines y torpes imaginaciones, y destas, a los conciertos o desconciertos con que se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez [...] (1598).

El pasaje indica que existía por parte de la mujer un amplio registro de títulos que satisfacía un deseo de evasión del mundo propio y de penetración en uno ajeno, cambio que la lectura favorece. La aparente variedad temática, que iba desde poesías amorosas a las aventuras de héroes novelescos, quedaba unificada en función de la clave interpretativa aplicada, clave que presumiblemente estuvo vinculada en muchos casos a la expresión de sentimientos. Tal modo de recepción explicaría el éxito de los libros de caballería entre un público femenino. La cita es significativa en lo que respecta a los géneros literarios cultivados, pero también refleja una preocupación difusa del autor ante la posibilidad de que las mujeres pensasen e imaginasen por sí solas.

EL CANON DE LECTURAS: ¿UN MODELO UTÓPICO?

Como se ha podido observar, las obras aconsejadas en la Castilla cuatrocentista eran diferentes en función del sexo de los potenciales lectores. Tal distinción era pertinente en consonancia con los hábitos jerárquicos de la época y el puesto otorgado a la mujer en la sociedad. La relación de títulos nos permite conocer cuál era el sistema de valores vigente en el mundo masculino y en el femenino. Es interesante comprobar el papel fundamental desempeñado por la producción religiosa en ambos géneros, aunque con diferencia en los títulos. Los textos bíblicos estaban destinados a los hombres, al igual que los escritos consagrados a potenciar las cualidades propias del *ethos* nobiliario. En realidad, la literatura de corte humanístico casi brilla por su ausencia. Los autores clásicos mencionados formaban parte del canon en tanto que representantes de una filosofía moral.

A su vez, las lecturas propuestas a las mujeres se caracterizaban por su contenido piadoso. Incluso el aprendizaje del latín estaba condicionado a facilitar la comprensión de textos religiosos. Como suele

suceder, se echan en falta títulos representativos de la literatura de entretenimiento o bien de temática propiamente femenina. Estas ausencias quizá sean imputables al hecho de que esos escritos eran considerados efímeros y, como tales, eliminables. La más que posible pérdida de una parte sustantiva de los fondos leídos con fruición por mujeres y la sombra de la duda sobre el origen de algunos de los libros incluidos en inventarios femeninos motivan que de momento, y hasta que no tengamos una bibliografía más nutrida, este capítulo esté lleno de interrogantes. En cualquier caso, se confirma un fenómeno similar al apreciado en las bibliotecas masculinas en lo que concierne a los géneros de ficción, salvo contadas excepciones. En consecuencia, cabe preguntarse si los cánones de lectura fueron algo más que un modelo utópico. Por otra parte, habría que tener en cuenta un factor generalmente poco atendido: el modo de interpretación de los textos de acuerdo con el género del lector y la época. Terenciano Mauro, un gramático latino del siglo II, lo ha expresado magistralmente: *Pro captu lectoris habent sua fata libelli*, «Según la captación del lector tienen los libros su destino» (2002, v. 1286). Este hexámetro, citado por lo general

incompleto y, por tanto, con un significado distinto, constituye en su forma plena un claro antecedente de la teoría de la recepción. Ciertamente, la clave de lectura de los relatos hagiográficos y de las novelas de caballería, por citar dos géneros paradigmáticos, no se correspondía siempre con una temática religiosa y de ficción respectivamente. Ambos tipos de obras podrían significar un modelo de héroe o, por el contrario, una aventura sentimental según el texto fuese degustado por un hombre o una mujer. En verdad, todo dependía del vuelo de la mente.

FUENTES DOCUMENTALES CITADAS

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (AGS), Valladolid.

Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 1.^a ép., leg. 30-6.

Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 1.^a ép., leg. 156, pls. 58, 90, 98, 102, 227, 228, 230 y 231.

Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 1.^a ép., leg. 178, pl. 331r.

Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 1.^a ép., leg. 189, pl. 1.

Patronato Real (PR), leg. 27-94.

Patronato Real (PR). Capitulaciones con la Casa de Austria, leg. 1.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALFONSO X, Rey de Castilla. *Libros de acedrex, dados e tablas*. El Escorial (Madrid), Real Biblioteca del Monasterio (RBME), ms. T.I.6.

– *Siete Partidas*. Glosadas por Gregorio López, Madrid: Boletín Oficial del Estado, 1985 [ed. facs.], 3 vols.

ALONSO DE CARTAGENA. *Epistula ad comitem de Haro*. Jeremy Lawrance (ed.), *Un tratado de Alonso de Cartagena sobre la educación y los estudios literarios*. Barcelona: Universidad Autónoma, 1979.

ALONSO DE MALDONADO. *Hechos de don Alonso de Monroy* (BOOST, texid BETA 4109).

ALONSO DE TORRES, García. *Certificación de las armas de Olivera*. Madrid, Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano (BLG), ms. 279, inv. 14987.

– *[Tratados varios]* (BOOST, texid BETA 2931, 3267, 4267, 10101).

- ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges. *Histoire de la vie privée. Vol. II: De l'Europa féodale à la Renaissance*. Paris: Éditions du Seuil, 1999, 3 vols.
- BARTOLO DE SAXOFERRATO. *De insigniis et armis*. Madrid, Biblioteca Nacional de España (BNE), ms. Res. 125.
- BENITO RUANO, Eloy (ed.). *El libro limosnero de Isabel la Católica*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1996, 2 vols.
- Biblia. AT.*
- Biblia romanceada*. Madrid, Casa Ducal de Alba, ms. 399.
- Bibliography of Old Spanish Texts (BOOST)*. Edición electrónica: <http://sunsite.berkeley.edu/philobiblon>.
- CHACÓN, Gonzalo. *Historia del ínclito don Álvaro de Luna* (BOOST, texid BETA 2031).
- DEBAE, Marguerite. *La Bibliothèque de Marguerite d'Autriche. Essai de reconstitution d'après l'inventaire de 1523-24*, Louvain-Paris: Peeters, 1995.
- [*Descripción del reino de la Verdad*]. Madrid, Real Academia de la Historia, ms. 9/2218.
- DÍAZ DE GAMES, Gutierre. *El Victorial*. Biografía dedicada a la figura de don Pero Niño, conde de Buelna (BOOST, texid BETA 1471).

- DONDI, Cristina. «Books of Hours. The Development of the Texts in Printed Form», en Kristian Jensen (ed.), *Incunabula and their readers: Printing, Selling and Using Books in the Fifteenth Century*. London: The British Library, 2003, pp. 53-70.
- ESPINOSA, Antonio de. *Reglas de bien vivir muy provechosas (y aun necesarias) a la república christiana*. Burgos: Juan de Junta, 1552.
- FERNÁNDEZ GALLARDO, Luis. «La biografía como memoria estamental. Identidades y conflictos», en José Manuel Nieto Soria (dir.), *La monarquía como conflicto en la corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*. Madrid: Sílex, 2006, pp. 423-488.
- FERNANDO DE PULGAR. *Claros varones de España* (BOOST, texid BETA 1714).
- FERRANDIS, José. *Datos documentales para la historia del arte español. Vol. III. Inventarios reales*, Madrid: CSIC, 1943, pp. 220-235.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Olegario. «Fray Hernando de Talavera. Un aspecto nuevo de su personalidad», *Hispania Sacra*, 13 (1960), pp. 143-174.
- Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* (BOOST, texid BETA 1486).

HERNÁNDEZ DE MENDOZA, Diego. *Tratado de blasones* (BOOST, texid BETA 2592). Madrid, Real Biblioteca de Palacio (RBP), ms. II/2403.

HERNANDO DE TALAVERA. *Avisación a la virtuosa y muy noble señora doña María de Pacheco, condessa de Benavente, de cómo se deve cada día ordenar y ocupar para que expienda bien su tiempo*. El Escorial (Madrid), Real Biblioteca del Monasterio (RBME), ms. b.IV.26.

– *De cómo han de vivir las monjas de san Bernardo en sus monasterios de Ávila*. El Escorial (Madrid), RBME, ms. a.IV.29.

Historia de los hechos del Marqués de Cádiz. Biografía dedicada a la figura de don Rodrigo Ponce de León (BOOST, texid BETA 1201).

Index et catalogus librorum prohibitorum. Matriti: Apud Alphonsum Gomezium, 1583, Regla VII.

[*Inventario de libros de Margarita de Austria*]. París, Bibliothèque Nationale (BNF), ms. Cinq Cents de Colbert, 131.

JERÓNIMO, Santo. *Epistola ad Eustochium. De custodia virginitatis*. Jacques-Paul Migne (ed.), *Patrologia latina*, vol. 34, cols. 394-425.

JUAN DE ÁVILA. *Tercera parte de las obras*. Madrid: Pedro Madrigal, 1596.

- JUAN DE MENA. *Memoria de algunos linajes* (BOOST, texid BETA 1648).
- LAWRANCE, Jeremy N. H. «The Spread of Lay Literacy in Late Medieval Castile», *Bulletin of Hispanic Studies*, 62 (1985), pp. 79-94.
- Libro Blanco*. Sevilla, Archivo de la Catedral, vol. I.
- Libro de Horas de Juana I de Castilla*. Londres, British Library, ms. 35313.
- Libro de Horas de Juana Enríquez*. Madrid, RBP, ms. II/Tesoro.
- Libro de la Sabiduría I*, 1.
- Libros de los Macabeos*. Madrid, BNE, ms. 1518.
- LIDA DE Malkiel, Rosa María. *La idea de la Fama en la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- LÓPEZ DE AYALA, Pero. *Rimado de palacio*, ed. de Germán Orduña, Pisa: Giardini, 1982.
- LÓPEZ DE CÓRDOBA, Leonor. *Memorias* (BOOST, texid BETA 3650).
- MALÓN DE CHAIDE, Pedro. *Libro de la conversión de la Magdalena*. Madrid: Pedro Madrigal, 1598.
- MANRIQUE, Gómez. *Cancionero*. Madrid, Real Biblioteca de Palacio (RBP), ms. II / 1250.

- *Regimiento de príncipes*, Madrid: El Crotalón, 1984 (reprod. del texto de la edición de Antonio de Centenera, Zamora, 1482).
- MANRIQUE, Jorge. *Coplas a la muerte de su padre*, ed. de Dámaso Alonso, *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional*. Buenos Aires: Losada, 1942, pp. 254-268.
- MAQUIAVELO, Nicolás. *Opere, III: Lettere*, ed. de F. Gaeta, Torino: UTET, 1984.
- MARTÍN DE CÓRDOBA. *Jardín de nobles doncellas*. Valladolid: Juan de Burgos, 1500.
- MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso. *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, ed. de Joaquín González Muela, Madrid: Castalia, 1970.
- MEXÍA, Ferrán. *Nobiliario vero* (BOOST, texid BETA 1657).
- PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán. *Loores de los claros varones de Castilla* (BOOST, texid BETA 1708).
- *Generaciones y semblanza* (BOOST, texid BETA 1707).
- PÉREZ DE MOYA, Juan. *Varia historia de sanctas e illustres mugeres en todo género de virtudes*. Madrid: Francisco Sánchez, 1583.

- PETRARCA, Francisco. *Canzoniere. Trionfi*. Madrid, BNE, ms. Vitr. 22-1.
- ROMÁN DE LA HIGUERA, Jerónimo. *Segunda parte de las repúblicas del mundo*. Salamanca: Juan Fernández, 1595.
- RUIZ GARCÍA, Elisa. «Claves del documento artístico bajomedieval en Castilla», en catálogo de la exposición *El documento pintado*, Madrid: Museo Nacional del Prado, 2000, pp. 15-43 y 100-145.
- *Los libros de Isabel la Católica: Arqueología de un patrimonio escrito*. Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004.
- RUIZ GARCÍA, Elisa y CARCELLER, María del Pilar. «La biblioteca del II Duque de Albuquerque», *Anuario de Estudios Medievales*, 32/1 (2002), pp. 361-400.
- RUIZ GARCÍA, Elisa y VALVERDE, Pedro. «Relación de las fiestas caballerescas de Valladolid de 1527: un documento inédito», *Emblemata*, 9 (2003), pp. 127-194.
- SAENGER, Paul. «Books of Hours and the Reading Habits of the Latter Middle Ages», *Scrittura e civiltà*, 9 (1985), pp. 239-269.
- SÁNCHEZ, Pedro. *Árbol de consideración y vana doctrina*. Toledo: Juan Rodríguez, 1585.

- SANTOYO, Julio César. *Bibliografía de la traducción en español, catalán, gallego y vasco*. León: Universidad de León, 1996.
- TERENTIANUS, Maurus. *De litteris, de syllabis, de metris*, ed. de Chiara Cignolo, Hildesheim: Olms, 2002.
- TOMÁS DE KEMPIS. *Imitación de Cristo*, trad. de Juan Eusebio Nieremberg, Barcelona: Balmes, 1940.
- TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la. *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica (1477-1504)*, Madrid: CSIC, 1955-1956, 2 vols.

Esta obra ha sido compuesta
DÍA en Garamond y está impresa
en papel verjurado de 100 g.
DEL Su edición ha estado a cargo del
LIBRO Departamento de Publicaciones del
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

**La Serie de 23 de Abril recoge el testimonio
impreso de las conferencias que celebra el
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
con ocasión del Día del Libro.**





GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD



CSIC

ISBN 978-84-00-09459-1



9